

EL CORAZÓN ÉTICO

ANTONIO T. DE NICOLAS

Profesor Emerito de Filosofía, State University of New York, en Stony Brook,
Estados Unidos.

«La meta de toda búsqueda, es la experiencia (Anubhava)». Brahma Sutra. Bhasya,
1.1.2

«¿Quién es el más grande en el Reino de los Cielos? Les aseguro que si no cambian y vuelven a ser como niños, no podrán entrar en el Reino de los Cielos. El que se hace niño como este niño, es el más grande en el Reino de los Cielos... Si alguien hace caer a uno de estos niños... mejor sería para él que le amarraran al cuello una gran piedra de moler y lo hundieran en lo más hondo del mar.» Mateo, 18 1-6.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

W. B. Yeats, en su poema «Dos cantos de una obra teatral», usa el mito de Zagreo y Dionisio en el primer canto, anticipando, en resumen, lo que queremos decir aquí:

Y vi de pie a una virgen fija la mirada

en la tumba donde el Dios Dionisio murió,
sacarle con la mano del costado el corazón
y correr con el corazón latiente en la oscuridad;
fue entonces cuando oí a las Musas cantar
el Magnus Annus primaveral,
como si la muerte de Dios no fuera
más que una obra teatral.

Zagreos era el hijo de Zeus y Persefone. Zeus le hizo el primogénito de los dioses creando así la envidia de los Titanes. Aprovechando una ausencia del padre, los Titanes se disfrazaron pintándose la cara de blanco, igual que fantasmas. Pretendieron traer regalos al nuevo dios y así entraron en el Olimpo. Entre los regalos le dieron un espejo. Zagreos se quedó alucinado por las formas que allí descubría. Formas de toda clase de animales. Esta fascinación por las formas en el espejo le dio oportunidad a los Titanes de matar al niño de haber tratado éste de desaparecer como un león, un tigre, un caballo, una serpiente y finalmente un toro. Para cuando volvió el padre Zeus al Olimpo los Titanes ya habían matado a Zagreos dividiéndolo en siete partes. Zeus destruyó a los Titanes con sus rayos, y de las cenizas, la diosa Atenea sacó, aún latiendo, el corazón de Zagreos. Zeus molió el corazón hasta convertirlo en un líquido que le dio de beber a la mortal Semele. De esta unión nació el dios Dionisio, el dios «nacido dos veces», el dios de la muerte y la resurrección. Y esta historia se ha repetido, a través de los siglos, en mil escenarios distintos. La cuna de los dioses no son las formas. Estas matan. Es la geometría de donde nacen las formas y se difuminan, de donde nace la razón y es mortal y el corazón que es inmortal.

Al intentar enmarcar un contexto que defina la acción humana, surgen un montón de preguntas en vista de la literatura del pasado. Intentemos algunas. Dado que el Cristianismo, por ejemplo, copió literalmente de literaturas anteriores el Dios muerto y resucitado, ¿cómo es que no copió de estas culturas previas la literatura sobre el corazón con la misma realidad que el dios de la muerte y resurrección, y lo dejó en mera metáfora? ¿Y tiene sentido que el Jesucristo de los Evangelios encuentre su legitimidad en una línea ininterrumpida de semen transmitido de generación en generación, desde David, por ejemplo? ¿O es que Yavé es el padre de Jesús? ¿Y es tal vez ésta, la ausencia de semen, la razón por la que las mujeres se ven relegadas a un segundo plano en la vida religiosa? Y como es posible que Eva, una mujer, manchase la raza humana con el pecado original y Dios mismo, al hacer hombre, no tuviese poder para limpiarla a pesar de ser Dios? ¿Y por qué

nuestra ética cerebral proclamó una revelación exclusiva al proclamar los Diez Mandamientos cuando de hecho son la reconstrucción ingeniosa de la Ley previa del Código de Hammurabi, (1792-1750 a.C.)? Y si en verdad ya estábamos copiando de culturas anteriores ¿porque no fuimos a fechas iniciales, –alrededor del año 3000 a.C.– y copiamos las 42 declaraciones negativas de un Alma Egipcia cuando su corazón estaba en la balanza de la verdad contra la pluma de la diosa Maat emanadas de la verdad del corazón con las proscipciones llenas de venganza y odio del Dios patriarcal como las leemos en el Deuteronomio 28:15-68? ¿Y, por qué no, en vista del comportamiento tan anti ético de los seguidores de la ética del cerebro, no volvemos a darle una oportunidad a la ética del corazón? ¿No es el corazón, el amor, el origen de nuestra religión? ¿Qué tiene este corazón mítico que se convierte en origen de dioses, en el fuego de donde vuelven a nacer los humanos, en la imagen del «niño» del Evangelio para ser reconocido por Jesucristo y que es la fuente de la inmortalidad? ¿Y por qué, si el corazón es la puerta de la inmortalidad escogemos tan a menudo el descenso mortal de las formas creadas por esa otra puerta: la cabeza, la mente, la razón, debatiendo cuál es la mejor historia, la mejor obra teatral?

En un esfuerzo por darle sentido a todo esto, voy a delinear el corazón ético con ayuda de los nuevos descubrimientos neurobiológicos de la ciencia, ya que nos olvidamos tan fácilmente del camino mítico, del «niño» que todos somos, éramos. ¿Es posible volver a nacer? ¿Es la historia del corazón real o simplemente una historia sentimental?

EL PARADIGMA BIOCULTURAL

Un paradigma es una geometría encarnada, es decir, el marco a través del cual nuestras formas y nombres, raciocinios y teorías cobran vida. Normalmente se propone un paradigma para que tras nuevos experimentos en el laboratorio, bajo circunstancias controladas, los experimentos puedan ser repetidos por otros y el paradigma confirmado. La Doctora María Colavito (1995), basándose en descubrimientos contemporáneos sobre psicología de la percepción (d'Aquili 1979), química del cerebro (Berlyne 1973), evolución del cerebro (Laughin Jr. 1974), desarrollo cerebral (Routtenberg 1980), la obra de McLean sobre las tres estructuras cerebrales del lateral derecho del neocortex (1986) y los estudios de Gazzaniga (1978) sobre los dos cerebros del lateral izquierdo del neocotex, particularmente el «modulo intérprete» ha descubierto este nuevo

paradigma, llamado por su descubridora «biocultural».

Bio-cultura quiere decir que, en nuestra formación cerebral, la BIOLOGIA Y LA CULTURA actúan y colaboran la una sobre la otra, de forma que una no se desarrolla sin la otra. Mediante esta interacción, la cultura se convierte en biología y la biología en cultura. La cultura actúa sobre y estimula la biología, es decir, sobre los cauces neurales de los cerebros en cada uno de nosotros, a la unidad y diversidad cultural que conocemos. Culturas y cerebros pueden distinguirse unos de otros mediante el uso de ciertas funciones o la combinación de ciertas funciones que se ejercitan habitualmente. Nuestros hábitos son, literalmente, hábitos mentales, dependientes del cerebro que ha sido formado o activado por ellos. Sin embargo, es de primordial importancia para el estudio de la ética, el hecho de que nuestra actividad humana neural-cultural empieza en cada uno de nosotros incluso antes de nacer: comienza con el desarrollo del cerebro reptílico, al que sigue inmediatamente el desarrollo y formación del cerebro límbico y a continuación el mimético derecho con su sistema de imágenes visuales.

DE EXPERIENCIA A TRADUCCIÓN

El «niño» tiene ya un sistema cognoscitivo completo para cuando llega a los 11 años. A partir de los siete años empieza la formación y desarrollo del lateral izquierdo del neocortex, residencia de lo que llamamos «razón» y del lenguaje. De echo, esta es una nueva fase en el desarrollo individual del cerebro del lateral izquierdo del neocortex. Empieza buscando los cerebros originales y termina traduciendo la información que halla en ellos. No sólo eso, sino que influye en los demás cerebros con su propio lenguaje, control y dominio. Cada uno de nosotros usamos uno de estos cerebros como el piloto-guía de todas nuestras acciones, ya que los cerebros actúan con gran independencia entre sí y en muchos casos algunos de esos cerebros no se llegan a formar por falta de ejercicio, en cuyo caso la naturaleza los destruye aún antes de que el lateral izquierdo del neocortex se forme. Las ventanas de maleabilidad se cierran inexorablemente por falta de desarrollo inicial. Además, cuando un cerebro está en acción, los otros permanecen pasivos y si uno se usa en demasía, los otros se atrofian.

Cuando estudiamos diversas culturas, lo que éstas nos presentan son sus cerebros primarios en acción, nombrados por la Doctora Colavito (1995) kinestetico-maia, límbico-mythos, visual mimético derecho, conceptual mimético izquierdo y logos, o tipo digital nominalista. Cada uno de nosotros usamos uno de estos cerebros como el guía-piloto para interpretar el mundo, la vida, la eternidad. Aunque en principio tenemos la habilidad de desarrollar todos los cerebros y aún equilibrarlos, de hecho la crianza por una parte nos limita y por otra la educación nos fuerza a privilegiar a uno sobre el resto. Esto es lo que conocemos como imperialismo cultural, o crisis personal. Y en esto tan culpables son las ideologías modernas como las antiguas, tanto los teólogos, como los científicos sociales, tanto los que practican la ética cerebral como los que a propósito la pisotean. La responsabilidad inicial, sin embargo, está plenamente en manos de nuestras madres, a veces para bien, a veces para mal nuestro. Tanto el coeficiente intelectual nuestro -del que un 50 % corresponde a la madre- como nuestras crisis emocionales, mentales, etc., son en la mayoría de los casos debidas a la actividad materna durante el embarazo y los tres primeros años de nuestra vida. Las memorias y vida de la amígdala son de la madre al menos durante los tres primeros años, ya que cuando el hipocampo se desarrolla en el infante a los tres años, éste no tiene acceso a la amígdala de sus experiencias anteriores a su formación. De ahí las fobias, los miedos, los terrores, la vida no conocida, el karma, a las que no tenemos acceso y nos controlan en nuestras acciones, nuestro punto ciego (Carter, Rita 1998).

Este paradigma se diferencia del paradigma normal en ciencia en que no es un paradigma a descubrir y verificar en el laboratorio, dado que ya está verificado en su mayor parte, ni en cultura, donde igualmente está verificado con nuestros estudios lingüísticos, antropológicos, filosóficos y en la literatura mística de edades anteriores, clásicas y modernas, ni siquiera en el desarrollo biocultural de cada recién nacido donde a diario se está verificando. Lo importante de este paradigma es que dada la verificación contundente en que viene envuelto, nos sitúa epistemológicamente en espacios seguros desde donde actuar y al mismo tiempo nos da libertad de enfocar nuestra actividad en equilibrios internos, en vez de ideologías externas. Pero sobre todo nos da la oportunidad de buscar esas acciones que nos lleven a encontrar ahora «el corazón» que es la base de nuestra ecología interna... Es posible entender el corazón sin una iniciación que lo resucite?

DE LOS DIOSES DE LA AMÍGDALA AL DIOS DEL CORAZÓN

Estudios recientes en neurobiología han cambiado radicalmente el mapa cerebral y la forma de cómo creíamos que nosotros los humanos conocíamos, y de cómo en realidad «conocemos», dando una importancia excepcional al corazón, no ya como órgano vital sino principalmente como sistema cognoscitivo primordial, aún más importante que lo que nosotros denominábamos hasta ahora «mente y razón».

Además, por la unión del corazón con el sistema límbico y los lóbulos frontales, nuevos estudios como los del Instituto HeartMath en California han llegado a sugerir que es sólo aquí, en los lóbulos frontales con la ayuda del corazón, donde el alma y la eternidad residen. El resto del cerebro es mortal. ¿Y qué pasa con lo que hasta ahora hemos admirado y adorado como razón, árbitro supremo y generador del progreso humano? Al descubrir la ciencia moderna que lo que llamamos el cerebro humano no es neurofisiológicamente uno, como predicaba erróneamente Descartes (Damasio 1994), ni la mente es una como todos suponemos, sino que existen cinco cerebros y que cada cerebro está dotado de un sistema dilatorio que le permite reflexionar sobre sí mismo y hacerse público o como biografía o como historia o cultura, y es ahora cuando el período más importante de nuestra historia empieza a hacerse patente. Y los resultados son asombrosos. Por una parte hemos vuelto a descubrir el corazón, más fuerte que el cerebro y capaz de generar electricidad cuarenta o sesenta veces de más amplitud que el cerebro, y que ha sido reclasificado como una glándula hormonal, ya que produce hormonas con destino a las glándulas adrenales, el sistema circulatorio, el cerebro y el hígado también centro de neurotransmisores como ephedrine, norepinephrine y dopamine, que se había supuesto hasta ahora eran especialidad de las glándulas y las células nerviosas.

Y aún hay más. Toda información de fuera viene primero a los tres cerebros del lateral derecho del neocortex (Pearce 1992) y sólo después esta información pasa al lado izquierdo del neocortex donde residen los dos cerebros que llamamos «racionales»; el izquierdo mimético y el digital del «módulo intérprete» (Gazzaniga 1987). Aunque éstos dos cerebros son también los poseedores del lenguaje común, toda información que ellos dan es una traducción más o menos feliz de la información recibida del lateral derecho del neocortex. Es decir, lo que llamamos «razón», el lateral izquierdo cerebral, ni tiene información original, ni recibe otra información que la que ya existe en

el lateral derecho, aunque también puede generar su propia información con sistemas de sustitución abstractos como la lógica. Pero radicalmente no puede en forma alguna exigir que se le escuche por haber recibido directamente la revelación. Esto es biológicamente imposible y ontológicamente falso.

Dicho en pocas palabras, la ética racional que solemos proponer hoy día para el mundo entero y cada individuo en particular es, ya en su misma formulación, nada ética y en cuando a su origen es la sombra de la ética, la anti-ética. Esta ética racional no está siendo propuesta a un mundo depravado o a nosotros mismos como pecadores. Al contrario, lo que se propone como ética racional es un programa de acción que en su origen se basa en la falsa presuposición que los criterios con que juzgamos, interactuamos, amamos, odiamos, hacemos el bien y evitamos el mal, están equivocados y nuestra postura ética ha de ser aprender otras fórmulas nuevas. Estas fórmulas nuevas no sólo son diferentes de las anteriores que aprendimos límbicamente con el «niño» del Evangelio y a la que estamos acostumbrados habitualmente en la niñez, sino que exige que cancelemos ese mundo del corazón original y adoptemos otro nuevo según la ideología reinante del momento. El «niño» es sustituido por un adulto que habita un mundo de cifras, en el que él es una cifra más. Como adulto ya tiene ética, pero ha perdido el corazón. Y al perder el corazón ha perdido la ética de poder equilibrar los otros cerebros de que dispone. Sin corazón, ¿quién va a llevar las riendas?

No es casualidad que el primer código de ética se introdujo en la especie humana al ésta aprender a leer y escribir alfabéticamente (Colavito, 1995). Una nueva tecnología, la de leer y escribir alfabéticamente, separó ya para siempre la mente de la mente, el lateral derecho del lateral izquierdo del neocortex. Con esta nueva tecnología, no solamente se escindió la unión cortical, sino que entidades externas aparecieron en nuestro mundo dictándonos leyes de dominio y exterminio del medio ambiente y servicio incondicionado a dioses que nos llegaban de fuera negando el mundo ya existente: «No hasta esto, ni tampoco aquello». Debió ser una Epifanía extraordinaria el momento en que, con estas tecnologías, nuevos mundos se abrieron a los que las usaban. De lo que no se dieron cuenta es que, en el mejor de los casos, el mundo que describían era una traducción, más o menos afortunada del ya existente y en el peor de los casos un mundo ficticio hecho realidad porque podía ser sombrado. Todavía estamos intoxicados por la fuerza de estas abstracciones. Tan intoxicados que en su nombre destruimos el medio ambiente y aún nuestro propio mundo interno en una lobotomía progresiva de nuestras facultades, mientras que sin reflexión alguna seguimos demandando

que para remediar esta situación nos hagamos más éticos, convirtiendo la ética en la ley.

Es cierto, sin embargo, que no todos nuestros cerebros se desarrollan por igual en todos nosotros. Como los tres cerebros del lateral derecho no se desarrollan en los primeros nueve años de nuestra vida infantil el desarrollo posterior es imposible. La naturaleza destruye sin piedad todas las posibles uniones y desarrollos neurales. Nos quedamos medio desarrollados o en manos de los cerebros del lateral izquierdo para siempre (McLean, 1986). Y también es cierto que aunque tengamos los cerebros del lateral derecho desarrollados, no siempre estamos a gusto en nuestro mundo, o cansados de estar tan cerca de la experiencia y necesitamos distancia. A veces no tenemos más remedio que olvidar nuestros corazones, otros éstos permanecen callados. Por eso, necesitamos una ética externa, como necesitamos estar equipados de todos los cerebros. Pero no para sustituir la ética del corazón, sino para que en momentos que el corazón no funcione o esté callado, nos recuerde de nuestros hábitos cordiales. Por eso, la ética que formulemos no puede ser abstracta o seguir sólo modelos matemáticos sin fundamento biológico. Hemos de buscar modelos éticos basados en las bioculturas donde la entidad más grande sea la familia o la tribu. En otras palabras, nuestros modelos éticos han de basarse en lo concreto de nuestra bio-cultura y en las conexiones y relaciones de éstas bioculturas entre sí. Necesitamos descubrir la ética del corazón, o mejor aún, formar el corazón ético que aprenda a equilibrar y mantenga el equilibrio entre los diversos cerebros que unamos y nos usan continuamente.

LA LITERATURA SAPIENCIAL

Los textos clásicos de literatura sapiencial asiática -particularmente en la India- fueron compuestos oralmente y por criterios orales, en una época en que la humanidad que los produjo -nuestros antepasados- no habían desarrollado aún la capacidad y tecnologías del hemisferio izquierdo neocortical, ni la capacidad de razonar tal y como nosotros la entendemos a partir del siglo XVII. Estos mismos textos no fueron escritos hasta miles de años más tarde, cuando la casta sacerdotal escogió ya el hemisferio izquierdo sobre el derecho, universalizando dioses, liturgia y ética. Lo curioso es que, aún entonces, en sus inicios la humanidad tenía ya intuición exacta de cómo funcionan nuestros cerebros y crearon una civilización -grupos de familias- que promovían con su poesía visionaria cantada, la experiencia exacta y continua

que les uniese en medio de la caótica y discontinua diversidad colindante (de Nicolás, 1976).

No es que estos antepasados de la especie humana fueran ingenuos, al contrario, tenían un sistema de clasificación de sentidos internos y externos y escogieron clasificar sus manas (mente) no como una facultad al estilo de la imaginación, sino como uno más de los sentidos, el sexto que ellos decían. De hecho, los textos escritos de que disponemos muestran claramente que al ser compuestos, es decir, en su escritura, es el cerebro que los escribió el que se hace evidente. Así, el Rig Veda, de fecha incierta, pero la composición anterior al año 2.500 a. C. es primordialmente kinestésico-auditivo, es decir, es un reflejo de los cerebros reptílicos (tipo maia) y límbicos (mythos), mientras que las Upanishad son plenamente límbicos (auditivos) y lateral derecho del neocortex (visuales). Es sólo más tarde cuando los comentaristas, filósofos y teólogos, aparecen con sus Sutras (comentarios) cuando entra en escena el cerebro izquierdo del neocortex, y aún entonces los filósofos y teólogos siguen insistiendo en que la mente es uno más de los sentidos, no una facultad y que toda investigación es en busca de experiencia. Por eso, Sankara (788-820) uno de sus más famosos filósofos, dedica sus ejercicios filosóficos a demostrar que el conocer al modo filosófico es no más que un ejercicio para mostrar que afirmaciones y negaciones son posibles solo porque superponemos objetos sobre sujetos y sujetos sobre objetos. «Yo soy eso» o «esto es mío» tienen sentido a condición de que superpongamos el objeto sobre el sujeto, mientras frases como «yo deseo» o «yo sufro» superponen el objeto sobre el sujeto. Esta dualidad es intolerable para el filósofo indio, -siempre en busca de la Unidad- Brahman, pero sigue haciendo filosofía porque a veces, en intuiciones, la experiencia aparece y todo es uno. Y es por esto que en estas culturas, aún el leer o el escribir, lo hacen en voz alta, en canto o silabeando, en busca de memorias, no información, que puedan luego devolver a los cerebros del lado derecho del neocortex fomentando las tecnologías de la oración o de la contemplación. Y es aquí dónde la tecnología misma decide, si uno no está alerta, el resultado de nuestras acciones. Las sensaciones de fuera y de dentro llegan directamente a los cerebros del lateral derecho. Debido a una pequeña dilación el cerebro del lateral izquierdo, nuestra razón, escoge la información a traducir dentro de sus sistemas de sustitución y proclama su versión que esparce de vuelta a los demás cerebros. Pero eso no es todo. Este sistema de dilación crea en cada uno de nosotros la sombra que siempre nos acompaña: nuestro propio «yo».

El «yo» no es una sustancia, es una sombra del acto mismo de percepción

(Comfort, 1979). Y aquí está el dilema. Es cada acto de percepción hemos de escoger, o la tecnología escoge por nosotros, en qué dirección seguir. Podemos inflar el «yo», hacerlo bueno o malo, listo o tonto, acumulador de dones o víctima de la opinión, o podemos dejarlo de lado, esfumarlo como una sombra del paisaje y cultivar a cambio la experiencia unitaria de la que el es sólo una pequeña sombra.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Esta decisión de recobrar la unión perdida, transparente a la mayoría, es la pasión de las literaturas sapienciales indias, de la filosofía al estudio de Pitágoras y Platón, del Nuevo Testamento, y aparece en nuestra vida Occidental de mano de los místicos como San Juan de la Cruz y de fundadores como San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Avila. Y en todos estos casos el centro de regeneración, el centro de los ejercicios, es el corazón.

Para Pitágoras y Platón era un ejercicio de dialéctica pasando por nombres, definiciones, imágenes, geometrías al corazón que «sabe» no cosas, sino el saber mismo en un balance completo de los diversos cerebros en tensión.

El Nuevo Testamento trata de enseñarnos a sobrepasar los dioses de la amígdala, del terror, la venganza, el miedo por el Dios del corazón, el Dios que es amor. San Juan de la Cruz, a golpes de corazón, aprende a liberarse de los miedos de la amígdala que le condenan a la soledad y al abandono paterno, aceptando en éxtasis que «en la cumbre de la montaña, nada, nada, nada.»

Es clarísimo que para San Ignacio de Loyola -en busca siempre de «compañía» por la ausencia inicial de la madre- su guía es «la contemplación para alcanzar amor», la ley interna de la caridad y amor, y sólo en momentos de lugubrez interna puede uno acceder a quiarse por las Constituciones y las Reglas. Mientras que para Santa Teresa de Avila, ni los lóbulos frontales, ni la imaginación se le abren hasta que físicamente el ángel le traspasa el corazón con una flecha incandescente de amor vivo.

Qué distantes estamos hoy de nuestras realidades con nuestras éticas cerebrales. El «yo» ético de hoy cultiva los ejercicios racionales de la ética hasta el punto -como repetían mis estudiantes- de que «la ética se ha convertido en la epistemología del ignorante». Y esta decisión que ejercemos sobre nuestros actos no tiene nada que ver con el mundo, Dios, u otros seres

humanos. Es una decisión sobre una alternativa de tecnologías que nos espera agazapada en cada acto de percepción. No se resuelve el problema descartando una a favor de las otras. Todas, a su tiempo, son necesarias o útiles. Saber escoger es un problema de equilibrio, un equilibrio que sólo el corazón despierto puede establecer.

En una clase de trescientos cincuenta estudiantes en la Universidad donde enseñé, sorprendía a diez que habían copiado literalmente el examen final de otros. Suspendí a los diez y esperé sus visitas. Tres de ellos aparecieron. Su protesta fue sorprendente. En modo alguno mostraron emoción por haberles cogido. Ni se consideraban mejores ni peores que los demás trescientos cincuenta estudiantes. Su protesta era porque yo no había prestado atención suficiente a la tecnología de su plagio. Mientras los otros siete habían recurrido para su copia del examen a la reprografía, ellos, los tres presentes, se habían tomado la molestia de copiar el texto palabra por palabra en el ordenador. Las copias de papel eran originales, el contenido y el lenguaje estaban copiados. A su juicio, este esfuerzo individual merecía que yo reconsiderase su calificación final, que debería ser superior a los otros siete suspendidos. Ética, tecnología y epistemología estaban ya confundidos dentro de una logomaquía invencible. Como en el caso de otra estudiante, repetido por otros y otras en diversas ocasiones, que me decía que lo que yo enseñaba de la Literatura Sapiencial era imposible llevarlo a cabo porque «las imágenes no existen, son sólo palabras». Al preguntarle en réplica que me dijese cómo recordaba a su madre, ella me contestó sin titubear y deletreando: «¡M-a-d-r-e!». El «módulo intérprete» es ya cultura y cada día tiene más ciudadanos y más víctimas, como certifican los periódicos.

EL CORAZON ETICO Y LA VIDA MEDIA

Cuando escribí el libro «Habits of Mind» (1989), lo hice como corrección a esta tendencia moderna. El programa de educación allí sugerido era el mismo que estaba llevando a cabo en las aulas de la Universidad. Los estudiantes se dividían en grupos y ellos presentaban a los demás no sólo las imágenes centrales que los filósofos proponían, sino los argumentos para sostener tales imágenes. Las clases se convirtieron en aulas de teatro y en el famoso Gimnasio de Platón. Sin darse cuenta, los estudiantes escojían entre ellos a los que mejor podían hacer presente el cerebro requerido para la presentación. Todos juntos mantenían el equilibrio y presencia de los cinco cerebros casi sin

darse cuenta. Las culturas y ellos mismos estaban siempre presentes. La geometría interna de cada uno les dictaba lo que estaban haciendo, y lo que estaban haciendo era muy superior a las limitaciones individuales. Son clases que todos recordamos. Y así es como empezó la filosofía con Pitágoras, que ya la había escuchado en la Katha Upanishan y que buscaba en el corazón la ética del equilibrio. Por desgracia todos los grandes héroes del corazón no escribieron los detalles del camino, y en su mayoría acabaron su vida prematura y violentamente. Los que sobrevivieron escribieron poesía o prosa según la ortodoxia del momento. Por ejemplo, nuestros místicos, a los Sufis. Por eso lo único que puedo hacer ahora es recordar al lector el camino, en la esperanza de que el o ella sepa encontrar el equilibrio ético del corazón. Leer para recordar, es el principio de la conversión.

Dos pájaros, de alas radiantes, compañeros inseparables,
han encontrado cobijo en la misma rama del árbol.
Uno como sin cesar los higos de la higuera,
el otro, sin comer, simplemente mira.
(Rig Veda 1.164.20).

Mientras el filósofo Dhirqatamas se pregunta:

No sé con que compararme para decir «este soy yo».
Perplejo y lleno de pensamientos sigo mi búsqueda.
(Rig Veda 1.164.37).

Y repite la liberación:

Por fin me vino la Palabra, ¡el primogénito de Rita!
Y en un instante soy su porción.
Lo inmortal y lo mortal comparten el mismo origen,
Por su propio orden toman direcciones distintas,
uno sube y otro baja,
fijos eternamente girando en torno,
cuando los humanos ven al uno, no ven al otro.
(Rig Veda 1.164.37-38).

Por el centro mismo donde los dioses y visiones manan es el corazón del poeta:

La Katha Unanishad dice en 6.16-17:

Ciento un canales brotan del corazón.

Sólo uno asciende desde la cima de la cabeza.

Siguiéndolo uno llega a la inmortalidad.

Los otros se dispersan en varias direcciones.

El centro del alma está para siempre asentada en el corazón.

Uno debe sacarla del propio cuerpo

como se desenvaina la flecha de la aljaba, con firmeza.

La firmeza de esta actividad es lo que se conoce vulgarmente como la disciplina del yoga, o los ejercicios espirituales.

Y la Bhaqavad Gita 15.15 reitera:

Estoy asentado en el corazón de cada uno;

de mí son la memoria, la sabiduría y su pérdida.

Yo soy a quién los Vedas quieren conocer...

Yo soy quien se sabe los Vedas.

Muchos occidentales han tratado de recorrer este sendero: yoga por la mañana y por la noche; lo han encontrado muy largo y fatigoso. Se olvidan de que la divinidad como Indra en la Chandogya Upabushad tardó ciento un años en aprender el secreto del corazón bajo la instrucción de otra divinidad Prajapati. Por eso hay que recurrir a sistemas más inmediatos con iluminación instantánea como el Zen:

Oí el grito del pájaro en el valle,

sólo entonces me di cuenta del silencio.

Hablar del corazón aún desde el punto de vista biológico tiene sus peligros, a pesar de que experimentos modernos han verificado que el corazón no es un simple músculo con su sístole y diástole rítmicos. El hecho de que se haya comprobado que el corazón es un sistema intelectual más poderoso que el cerebro no deja de abrir más preguntas que respuestas. En la mente popular el corazón y el sistema límbico se confunden con el sistema reptílico, se le identifica con sentimentalismos, emociones primitivas, territorialismos, pasión y violencia. El sistema intelectual del corazón se encarga de abrir los canales neurales de los lóbulos frontales, de la memoria e imaginación, de la vida después de la conversión mística. Es el centro del fuego que irradia de conocimiento a los otros cerebros y que desarrolla su actividad, no en general, sino de corazón a corazón, en concreto abriendo las geometrías originales desde dónde la vida humana y divina explotan con sensaciones, emociones y conocimiento. Esta es la «caza» original de los místicos, como decía San Juan de la Cruz y la «contemplación para alcanzar amor» de San Ignacio de Loyola y ésta es también «la caza a la que el corazón da alcance» o aún mejor, es «la caza que alcanza nuestra insistente caza». Por eso no es fácil hablar del corazón y menos aún mostrar el camino. Desde los textos sapienciales, pasando por Pitágoras, los Evangelios, los místicos Cristianos, Sufis o del Zen, se abre el camino a golpes de intuición, con ejemplos, parábolas, historias. Y así lo hacía en mis clases con sencillas historias.

Un estudiante de Nueva York se fue a los Himalayas a aprender de un maestro del Zen el secreto del corazón y la vida. El anciano maestro puso al aprendiz en una habitación cerrada cara a cara frente a una gran botella con un pato vivo dentro. «Si encuentras la manera de sacar al pato de la botella sin romper ni tocar el cristal habrás comprendido el gran secreto del corazón y la vida». El aprendiz lo intentó durante años, siempre alentado por la promesa del resultado si llegaba a tener éxito. Por fin, un día, el maestro, compadecido del pobre aprendiz, entró en la habitación y sin ser notado tras la espalda del estudiante, dio unos aplausos fuertes que asustaron al estudiante y con voz sonora gritó: «¡Mira, el pato está fuera!». La historia concluiría aquí normalmente. Pero mis estudiantes de Nueva York, dotados como estaban de un cerebro izquierdo monumental, no quedaban convencidos. «Esto no es verdad», protestaban a coro. «El pato está aún dentro de la botella». Mi respuesta iba siempre acompañada de una pausa larga. «Prestan atención -les decía- ¿quién fue el que metió el pato en la botella?» Seguían primero unas sonrisas tímidas y a continuación la carcajada universal volviendo a meter teóricamente patos en botellas por el simple hecho de pensar. ¿Cuándo se ha

visto a un pato metido en una botella de por años? ¡Lo que es capaz de crear el cerebro racional!

De esta historia era fácil pasar a la otra de los dos monjes y la mujer hermosa aprovechando una pregunta que uno de los estudiantes me hizo al comenzar el curso sobre el Budismo. El primer día de clase uno de los estudiantes alzó la mano para preguntarme por qué me había puesto corbata precisamente para enseñar un tema sobre el budismo. Como la pregunta fue seguida de un silencio profundo en una clase de trescientos estudiantes, creí que la pregunta era muy importante para ellos. Por eso le respondí al estudiante que a condición de que repitiese esa pregunta en cada clase, le daría la respuesta el último día de clases. Y así lo hicieron. El último día de clases todos los estudiantes a coro preguntaron: ¿Por qué se pone corbata para hablar del budismo?

Comencé la respuesta pidiéndoles prestaran atención a otra historia, la de los dos monjes y la mujer hermosa. «Eránse una vez dos monjes, uno joven, otro anciano, que se encontraron frente a frente con que el río que tenían que cruzar estaba no sólo inundado, sino que el puente se lo habían llevado las aguas torrenciales. No tenían más remedio que alzarse la ropa y vadearlo. Cuando estaban a punto de cruzar se les acercó una mujer hermosa suplicando «¡Por favor, reverencias, ayúdenme a pasar al otro lado donde me espera mi familia!» El monje anciano se acercó a la mujer, le remangó las faldas, la tomó en brazos, atravesó la corriente del río y la dejó de pié en la otra orilla. El monje joven les seguía a distancia enfrascado en sus pensamientos. Después de dejar a la mujer en tierra firme, el monje anciano se despidió de ella con una reverencia y prosiguió su camino seguido del monje joven. Unas veinte millas más tarde, el joven monje, ya sin poder contenerse, se detuvo y rompió el silencio a gritos: «¿Cómo has sido capaz de hacer eso?» El anciano, extrañado, le pregunta «¿Qué he hecho?» El joven le increpa: «Has llevado en brazos a una mujer medio desnuda. Tú, un monje, con voto de castidad que prometió no tocar a ninguna mujer por vida». El anciano, sorprendido, sacudió la cabeza y mirando con infinita compasión a los ojos de joven respondió: «Mi joven hermano, ¿qué es lo que he hecho? Llevé a la mujer en brazos porque ese era el único modo de que ella cruzara el río y se reuniese con su familia y la dejé en la orilla. Si yo la dejé allí ¿por qué tu sigues abrazado a ella?».

Al concluir mi historia, la clase pareció haber entendido, juzgando por sus

señales corporales y murmullos de aprobación. «Y ahora -les dije dirigiéndome al estudiante de la corbata- volvamos a lo de mi corbata. Si te molesta que me haya puesto esta corbata y soy yo quien la lleva puesta...» No pude continuar. La clase entera a coro concluyó: «¿Por qué te la pones tú?».

A MODO DE CONCLUSIÓN

El mapa cerebral que nos presenta la traducción de la neurofisiología repite exactamente las intuiciones de las Literaturas Sapienciales, del Nuevo Testamento, de Pitágoras y Platón y de los místicos. Somos (tenemos) cinco cerebros, cinco espistemologías invariables. La tendencia a una lucha interna entre estos cerebros -por falta de desarrollo inicial o por crisis- provocada en su mayor parte por el control de la experiencia de la amígdala en los primeros tres años, se resuelve sólo a condición de que el sistema intelectual del corazón se ponga en activo. Modelos de estos ejercicios nos rodean por todas partes.

Cuando se trata, sin embargo, de configurar estrategias, morales o epistemeológicas, se representa siempre la tentación de escoger los extremos. Cuando la mente moderna se quiere deshacer de la disciplina racional con sus jerarquías, su dedicación al estudio, su disciplina, se cobijan bajo la nueva «mente» del «módulo intérprete», el «logos» desbordado, dónde sólo nombres sin relaciones, disciplina o estudio habitan. Está en el Templo de las Ideologías. Las víctimas de esta mente adoptan como cuerpo el cerebro primario «reptílico» con sus presencias y ausencias inmediatas, sus violencias, sus sentimentalismos y la primacía del «yo» sobre el resto. Los antiguos egipcios creían que a la hora de morir los dioses pesaban el corazón del difunto buscando el equilibrio de una vida vivida. Si lo encontraban, el alma ascendía a los dioses, si no, le entregaban el corazón al cocodrilo de guardia. Esta creencia no es metáfora, ni es mito, la vemos encarada a diario delante de nuestros ojos.

Culturas en las que predomina el cerebro derecho nos ofrecen una visión más apocalíptica.

Seguid mis reglas y os prometo salvación:

Sentado en mi cojín

observo el candil encendido.

Con un alfiler hundo el pávilo

hasta el fondo del aceite.

¡Oh! ¡El nirvana de la pequeña llama!

¡Alborea la liberación!

Mi corazón está libre, al fin.

De modo semejante, hay culturas del cerebro izquierdo que nos exigen suprimir todo deseo, acallando así el corazón, quitándonos toda luz y todo fuego, a cambio de que nuestras vidas se iluminen solamente con las luces de neón que su ética nos ofrece: sacrificio del cuerpo por divinidades teóricas, de imágenes por conceptos, de sensación por su ausencia, de orígenes por principios. En cada caso es la teoría la que vive y a través de nosotros se reproduce, a expensas de nuestras relaciones cordiales de familia, amistad, amor, recuerdo, el cuerpo y la voluntad.

La solución se halla en el camino que corre entre ambos extremos. La solución está en el corazón ético, en la conversión individual hasta alcanzar la altura del corazón ético, en descubrir este sistema de inteligencia que cada uno llevamos como condición de vivir y que sin su equilibrio ético hace de la vida un martirio y un conjunto de seres aislados en soledad biológico-cultural, bio-cultural. La ética de la cabeza, la «ética cerebral», no es suficiente, y por sí sola produce daños irreparables a los sistemas biológicos que la siguen. El corazón ético ha de vivir para que la «ética capital» sea útil. La ley interna de la caridad y amor es la primera ley. Es sólo en casos de olvido o cansancio cuando la ley de la ética racional puede servir de memoria al corazón cansado o sin memorias cordiales.

La última ironía del corazón ético sería que ahora que la ciencia ha confirmado el sistema intelectual del corazón, que gran parte de la humanidad civilizada y religiosa haya perdido el corazón por falta de ejercicio. Pero aún eso tiene inmediato remedio, una nueva generación de recién nacidos nos desafía ya a que les enseñemos a abrir el corazón. Nuestras crisis cordiales se pueden

remediar de generación en generación. Pero aún así, ¿como «volvemos a nacer» nosotros de forma que podamos recuperar el «niño» del Evangelio, el corazón, que éramos, que somos, nuestra inmortalidad?